

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

TIEMPOS, LUGARES Y SU RELACIÓN CON LAS DINÁMICAS SOCIALES

Como resultado de las investigaciones llevadas a cabo en la región Calima, se ha concluido que las poblaciones ilama vivieron en asentamientos dispersos, en inmediaciones de zonas anegadizas, sobre lomas y terrazas naturales que aplanaron y ampliaron mediante cortes a manera de escalones; al parecer esta población no fue muy numerosa (Cardale et al., 1985, 1989; Cardale, 1992a; Bray et al., 1988; Salgado, 1989, 1993). Con los grupos humanos yotoco compartieron un buen número de rasgos culturales y en casi todos los casos ocuparon los mismos sitios ubicados en las cimas, hombros, laderas y pies de colinas, terrazas coluvio aluviales cerca a fuentes de agua con buen control visual tanto hacia partes más altas de la cordillera, a los valles de los ríos como a otras fuentes de agua; se ha indicado que la densidad de población yotoco era mucho mayor que la ilama y que los grupos humanos yotoco construyeron tambos para sus viviendas cercanas a campos de cultivo, además de una compleja red de largos y anchos caminos que comunicaban la región Calima con el Pacífico por el occidente y con la llanura aluvial del río Cauca y la cordillera Central, hacia el oriente (Herrera et al., 1982-1983; Salgado, 1988; Bray et al., 1988; Cardale et al., 1989).

Las interpretaciones propuestas por especialistas en la región, indican que la gente sonso con el transcurso de los siglos remplazaría a la yotoco y ocuparía espacios más amplios que los que esta sociedad abarcó; las poblaciones del tardío vivieron en diferentes zonas altitudinales que van desde las tierras bajas tropicales de la costa pacífica hasta el valle del río Cauca, pasando por los territorios montañosos de la cordillera Occidental con alturas de más de 2.000

m s. n. m., estas ocupaciones guardarían relación con la mayor frecuencia cerámica que se encuentra de este período y que podría indicar un aumento de la población (Bray, 1992: 130).

La temporalidad de los emplazamientos estudiados en el valle de El Dorado indica que los principios de articulación y organización del espacio fueron concebidos desde el período Intermedio, manteniéndose hasta el Tardío, pues evidencias de cultura material de las denominadas *culturas arqueológicas yotoco* y *sonso* han sido reportadas en la mayoría de los mismos sitios arqueológicos por los investigadores de Pro Calima, indicando continuidad. Las diferencias han llevado a interpretar que los *sonso* son poblaciones que de manera paulatina llegaron a la región para ocuparla totalmente y su permanencia en ella sería hasta la conquista española (Herrera, 1992); hasta el momento no hay evidencia de una transición traumática entre el principio de las ocupaciones de los grupos humanos *sonso* y el supuesto final de *yotoco* (Bray et al., 1981); los argumentos de los investigadores se basan más en las diferencias que en las similitudes en cuanto a producción cerámica, de orfebrería y variaciones en estructuras funerarias.

Si se analizan en detalle, estos cambios no son tan abruptos; en la cerámica la tradición de la bicromía de la pintura negra sobre rojo se mantuvo hasta el tardío; los motivos aplicados, modelados estilizados, incisos e impresos (Bray & Moseley, 1976: 65; Gähwiler-Walder, 1992: 127, citado en: Salgado et al., 1993: 104) se incluyen como decoración; la cerámica *sonso* presenta paredes más gruesas y de menor acabado, las formas se relacionan más con alfarería utilitaria que artística, aunque las representaciones humanas son frecuentes en diferentes grados de esquematización, siendo la nariz con nariguera una característica principal y prominente. Es preciso indicar que los grupos humanos Tardíos también elaboraron cerámica fina con rasgos que la afilian culturalmente con las poblaciones del período Intermedio.

Los registros arqueológicos indican que los sitios más tempranos en El Dorado (100 a 350 d. C. [Bray et al., 1985], como la fecha obtenida para esta investigación) corresponden a los períodos Intermedio y Tardío asociados tanto con *Yotoco* como con *Sonso*; aún no hay suficiente claridad sobre la diferenciación planteada por los investigadores de Pro Calima, pues en la mayoría de emplazamientos estudiados los reportes indican que la cerámica hallada aparece conjuntamente. En el T13 excavado en esta investigación, se obtuvo una fecha

relacionada con el período Intermedio, asociada a cerámica cuyos rasgos han sido identificados más para el período Tardío que para el Intermedio.

En la orfebrería, si bien el trabajo ya no era tan suntuoso, se incluyó de manera importante el cobre no solo como aleación, sino como combinación que hacía parte de un estilo basado en dos colores (Herrera, 2007: 215). Algunos estudios (Cardale, 1992) han permitido conocer que la mayor parte los objetos de oro se elaboraron desde hace tres milenios por los portadores de idioma y especialmente durante la primera mitad del primer milenio d. C. por poblaciones yotoco (Herrera, 2007: 218); la producción de piezas pequeñas y sencillas con predominio de las mismas técnicas dadas por la gente yotoco se continúan en el Tardío, y, aunque el cobre alcanza una gran importancia, se siguen produciendo objetos en oro de buena ley (Bray, 1989: 10; Cardale et al., 1989b: 18; Herrera, 1992: 166-167; Herrera, 2007: 215), como las narigueras que son las piezas más frecuentes (torzales, anulares, redondas con forma de “n” macizas, laminares de forma semilunar plana), aplicaciones para la piel y los textiles, colgantes circulares, pectorales (acorazonados), diademas y los brazaletes elaborados en lámina adornados de hileras de puntos repujados hacia bordes (Herrera, 2007: 224-228).

Sobre cambios en la orfebrería durante el período Tardío, Langebaek (2000: 18) propone que las jerarquías y el poder al interior de organizaciones cacicales se daba mediante el dominio y control económico en la producción de orfebrería elaborada por especialistas, permitiendo el uso “democrático” de narigueras y orejeras por fuera de los grupos de élite, generalizando su uso entre la población sonso (Rodríguez, 2007: 145-146). Aunque esta interpretación considera lo sagrado como un aspecto económico manipulable por las élites para reforzar su dominio, también podría indicar que no necesariamente el uso haya sido asignado a la comunidad por estas; el porte de este tipo de elementos puede implicar también una serie de relaciones simbólicas entre el cuerpo y el elemento de la representación y significación de esas representaciones como parte de un consenso común de la comunidad, propia de otras dinámicas culturales no vinculadas necesariamente a lo económico.

La producción metalúrgica de las poblaciones del Tardío, al igual que las nuevas manifestaciones culturales mencionadas, al parecer se vinculan más con el aspecto simbólico; es así que en los ajuares de las nueve tumbas excavadas y descritas por Wassén ([1936]1976), solo una contenía un torsal y unas pinzas de oro (Figura 5.24); de las ocho tumbas excavadas en el valle de El Dorado

por Caldas et al. (1972) solo una contenía una nariguera; de las cuatro tumbas excavadas por Bray et al. (1985) ninguna contenía elementos de orfebrería. En la región Calima en el cementerio de Samaria, excavado por Rodríguez y Salgado (1990), estos hallaron dos narigueras de oro entre 59 tumbas excavadas (Herrera, 2007: 223); en esta región las formas de las piezas son limitadas, menos adornadas, más lisas y de menor tamaño que las identificadas para la parte central de la cordillera Central y la zona del Cauca Medio relacionadas con la orfebrería Quimbaya Tardío (Herrera, 2007: 229).

Se han evidenciado algunas piezas tardías que presentan rasgos estilísticos e iconográficos tanto yotoco como sonso, proponiéndose nuevamente una convivencia durante siglos de grupos “culturalmente distintos”⁴² (Uribe, 1991; Plazas, 1998, citada en: Herrera, 2007: 232-233). Se ha planteado que el dominio final logrado por la *cultura sonso* pudo tomar varios siglos y que un ejemplo de esto podría verse en la transformación del pectoral acorazonado, inicialmente repujado con figuras antropomorfas adornadas y posteriormente elaborado liso o con repujados sencillos. Es importante resaltar que la mayoría de los ajuares yotoco no contienen objetos de oro, aspecto similar a sonso; los elementos identificados como yotoco en el Museo del Oro provienen de pocas tumbas muy ricas, y los elementos más representativos de sonso en algunos casos son la presencia de sarcófagos y banquitos en madera (Herrera, 2007: 236).

En cuanto a las estructuras funerarias las principales variaciones tardías corresponden a la presencia de tumbas de pozo directo y rectangular de diferentes profundidades; las tumbas de pozo con cámara lateral poco profundas elaboradas por las poblaciones ilama y yotoco, continúan en el Tardío con la misma estructura general, variando el tamaño de la cámara y profundidad de la tumba, como lo indicara Rodríguez y Salgado (1990: 35-41). Si bien estos fueron aspectos utilizados para interpretar diferencias, en realidad estas no son tan sustanciales, pues las prácticas de enterramiento en tumba de pozo con cámara lateral se mantuvieron. La ubicación de los cementerios en el paisaje del valle de El Dorado se conserva, de acuerdo con la información, tanto para los yotoco como para los sonso en las laderas bajas. Sin embargo, no es del todo claro si las tumbas recientes eran exclusivamente más profundas, pues en El Dorado hay reportes de tumbas tardías que no lo son (Caldas et al., 1972; Wassén, [1936]1976; Moreno, 1997).

⁴² Énfasis agregado.

Las interpretaciones se han enfocado en indicar que la *cultura sonso* del período Tardío estaba dedicada a las actividades de producción tanto para el consumo y mantenimiento de una población cada vez más creciente, como para producir excedentes para el intercambio con comunidades vecinas, bajo el poder y el mantenimiento del estatus de caciques que controlaban local o regionalmente las diversas comunidades prehispánicas que ocupaban el suroccidente del actual territorio colombiano; mientras que la *cultura yotoco* del período Intermedio estaba dedicada más a su religiosidad, expresada mediante íconos simbólicos en las elaboradas cerámica y orfebrería (de tipo naturalista y mitológica), con un modo de vida jerárquico cacical (Bray, 1992: 81; Rodríguez, 2002: 129).

La construcción histórica ha venido planteando dos grupos distintos, sin embargo, hay más elementos que los unen que aquellos que los diferencian; no hay evidencias de cambios drásticos y las fechas y los elementos culturales en diversos sitios arqueológicos se traslapan. Los análisis realizados permiten identificar características de una organización espacial indiferenciada durante los periodos Intermedio y Tardío en El Dorado, y se considera que los cambios manifestados en la cultura material no fueron dados precisamente por invasiones de poblaciones disímiles; hasta ahora no se evidencian cambios abruptos en temporalidades cortas ni cultura material relacionada con armas en contextos abiertos; es más, las “nuevas” manifestaciones en realidad no eran tan nuevas en la medida en que corresponden a variaciones paulatinas en las manifestaciones materiales asociadas a tumbas, sitios de vivienda y cultivo.

Las manifestaciones culturales que han sido asociadas con aspectos religiosos como la cerámica y orfebrería, tan elaboradas durante los períodos Temprano e Intermedio, serían también representadas en el Tardío en otros elementos de cultura material como las grandes modificaciones en el paisaje que lo monumentalizaron⁴³, como las plataformas. Estas expresiones indican que su sentido simbólico o de percepción, y la relación con su entorno y realidad no dejó de ser más o menos importante, solo por el hecho de que las representaciones cerámicas y orfebres no fueran tan representativas en el último período; es posible que las formas impresas en el paisaje, la correspondencia entre los diversos tipos de emplazamientos con relación al manejo de los colores

⁴³ Es necesario indicar que las modificaciones en el paisaje (cortes para vivienda y construcción de grandes caminos) han sido registradas desde épocas tempranas asociadas con Ilima (Cardale, 1996), y su continuidad hasta el período Intermedio (plataformas, sistemas de cultivo y drenajes, vivienda [Bray et al., 1981, 1985; Moreno, 1997]).

en los suelos, la cerámica y la orfebrería con bicromía (cobre y oro) fueran el resultado de un largo proceso de construcción social de las comunidades que habitaron la región.

De acuerdo con Anschuetz, Wilshusen y Scheick (2001: 161),

el paisaje, como sistema de manejo de símbolos significantes de las acciones humanas, y de los subproductos materiales que generan, ayuda a definir relaciones habituales basadas en una información diferenciada. Sin embargo, los procesos de cambio conductual a través del tiempo y el espacio tienen forzosamente como resultado un paisaje en cambio constante. Así que el paisaje es un proceso cultural (Hirsch, 1995; contra Cosgrove, 1984: 32)⁴⁴.

Es así como se evidencia el mismo patrón de asentamiento en los dos períodos (incluso hasta el Ilama): pequeños grupos de viviendas seminucleadas ubicadas en torno a plataformas artificiales siempre cerca a los campos de cultivo con eras y zanjas de drenaje. Tumbas agrupadas cerca a viviendas o una dentro de una de ellas; este patrón es similar al de otras áreas arqueológicas del suroccidente colombiano como San Agustín, Tierradentro y Nariño, para períodos que tienen una ubicación temporal similar con la región Calima. Al norte de El Dorado, en la vereda Jiguales, se reportan unidades de vivienda (4a y 4) con fechas de 1020±70 d. C. (asociada con Yotoco) y 1555±70 d. C. (asociada con Sonso) con campos de cultivo en cercanías de las viviendas (Salgado et al., 1993: 104).

La reutilización de los emplazamientos arqueológicos en el tiempo y en el espacio hace manifiesta una continuidad cultural generacional que objetivó tanto los paisajes como los sitios que venían siendo construidos, estos estaban “llenos de significado y memorias, impregnados de las acciones del pasado” (Tilley, 1994: 41)⁴⁵. ¿Cómo dos grupos humanos aparentemente diferentes en el tiempo, mas no en el espacio, pueden tener tantos aspectos en común cuando reflejan un similar e intenso vínculo entre ellos y sus paisajes? Esta pregunta lleva a dos consideraciones pertinentes:

⁴⁴ Traducción de José Luis García y L. García San Juan, septiembre de 2003.

⁴⁵ Traducción de la autora.

1. Por un lado el problema del enfoque teórico tradicional de la escuela histórico-cultural, base sobre la cual se ha interpretado el pasado prehispánico de la región; este se ha dedicado al agrupamiento de los artefactos semejantes y a establecer relaciones con grupos culturales únicos, definidos como culturas arqueológicas⁴⁶. Este enfoque que en principio homogeniza, lo hace como base para posteriormente fragmentar; aduciendo a dichas homogenizaciones, el carácter diferenciador que conllevó al establecimiento de las denominadas culturas arqueológicas ilama, yotoco y sonso en la región Calima. Es claro que en procesos de larga duración los rasgos de los materiales pueden variar, sin embargo, es preciso considerar que los objetos en sí mismos no son una única variable a analizar, pues antes que objetos, estos deben ser considerados como hechos dentro de un marco social complejo. Entonces

la cultura puede ser considerada como una forma integral de vida creada histórica y socialmente por una comunidad, de acuerdo a la forma particular en que resuelve o entabla las relaciones con el espacio natural en el que se asienta; en la relación de los seres humanos dentro de la comunidad y con otras comunidades, y con el ámbito de lo sobrenatural, lo sagrado. De esta manera, hablamos de un concepto dinámico, relacional, una forma de vida en donde los individuos se conectan con el medio natural y social que los contiene, modificándolo y modificándose (Carbonel & Gamarra, 2011).

2. Conexo con el punto anterior, es necesario ampliar el espectro de análisis de los elementos constitutivos de los grupos humanos del pasado precolumbino, pues las percepciones aborígenes suelen ser diferentes tanto a los postulados teóricos propuestos como a las construcciones históricas que se derivan de ellos, siendo el paisaje un gran damnificado en la interpretación de la dinámica humana del pasado. El paisaje permite identificar identidades socioculturales mediante la dinamización del mismo, es así que

⁴⁶ Concebida desde la corriente histórico-cultural como entidad restringida e indivisible en el espacio y el tiempo, una visión normativa y estática del pasado. Esta perspectiva “dificulta el acercamiento de la disciplina a las poblaciones actuales, y poder reflexionar acerca del carácter de los objetos que estudiamos como productos de agentes sociales y su inclusión dentro de un marco que permita analizar al pasado bajo una perspectiva social, abrirá el camino para ampliar los horizontes de la disciplina, en la que se incluya la crítica y la autorreflexión” (Carbonel & Gamarra, 2011).

los paisajes étnicos son constructos definidos en tiempo y espacio por comunidades cuyos miembros crean y manipulan cultura y símbolos materiales para expresar límites étnicos o culturales basados en costumbres o formas de pensamiento y expresión compartidas, que pueden no tener otra justificación que la tradición (Jonhston, 1994: 81, citando a Bell & Newby, 1978; citados en: Anschuetz et al., 2001: 180)⁴⁷.

Retomando la discusión, y como se indicó anteriormente, no hay evidencias de conflicto en El Dorado, ni períodos de abandono, sí se observan arreglos en las superficies de los tambos 6 y 11, muy seguramente como parte de su mantenimiento;

en términos arqueológicos esta situación es difícil de evaluar puesto que se refiere a eventos de corta duración, difíciles de identificar excepto cuando se investiga un sitio en detalle; si la situación de abandono y destrucción de asentamientos es crónica, se esperaría entonces encontrar un bajo porcentaje de continuidad de asentamientos entre ocupaciones de un período y otro (Langebaek, Piazzini, Dever & Espinosa, 2002: 22).

El conflicto se describe como el mecanismo que llevó al desarrollo de cacicazgos en las montañas del occidente de Colombia (Carneiro, 1962, citado en: Langebaek et al., 2002: 11); este se basa en aspectos como áreas limitadas adecuadas para el desarrollo de la agricultura y la presión demográfica concentrada entre los 1.200 y 2.500 m s. n. m. (Friede, 1963: 15, citado en: Langebaek et al., 2002: 11); desde esta perspectiva los análisis de suelos y paisajes realizados en sitios arqueológicos agrícolas de El Dorado presentan suelos negros gruesos y trabajados durante períodos largos en donde la evidencia indica que no hubo sobreexplotación de los mismos o que no mostraron erosión severa que afectara grandes áreas. Así mismo en un área altitudinal tan amplia como la descrita por Friede, por más población que hubiese, no habría áreas limitadas para actividades agrícolas, pues los suelos en climas medios y fríos en las condiciones de humedad y precipitación, que al parecer no han cambiado sustancialmente en los últimos mil años (con pequeñas fluctuaciones de períodos secos), mantienen la productividad mediante un buen manejo, como ha sido descrito en los antecedentes ambientales y las relaciones con el uso del suelo tanto en el fondo del valle como en las laderas altas y bajas del valle de El Dorado.

⁴⁷ Traducción de José Luis García y L. García San Juan, septiembre de 2003.

La variedad del manejo hidráulico y agrícola que quedó tan evidentemente marcado en el paisaje del valle de El Dorado, indica que los suelos fueron usados para la producción de alimentos de manera intensiva⁴⁸ como estrategia de subsistencia. Las actividades económicas generadas a partir de las prácticas agrícolas han sido interpretadas como producto de la complejidad social, evidente en las sociedades estratificadas y jerarquizadas de tipo cacical, en donde se habla de economía de subsistencia (Johnson & Earle, 1987: 11-13) o modo de producción comunal (Lee, 1990: 242-245), como se ha propuesto para las sociedades prehispánicas del suroccidente colombiano en las regiones de San Agustín, valle de La Plata, Isnos (Drennan, 1985; Drennan & Quattrin, 1995; Drennan, 2000; Sánchez, 2007), región Calima y llanura aluvial del río Cauca (Bray et al., 1985, 1988; Herrera et al., 2007; Rodríguez, 2002, 2007, entre otros).

Las propuestas que han surgido sobre control político de alimentos durante el período Tardío (500-1550 d. C.) (Clásico Regional y Reciente para las zonas arqueológicas de San Agustín y La Plata [Drennan, 1985]), han generado varios cuestionamientos relacionados con la organización sociopolítica y económica, debido a que la distribución espacial de los emplazamientos de vivienda en proximidades de los centros funerarios, indicarían centros de toma de decisiones y la idea de una centralización política regional de mayor jerarquía basada en el control de la producción de alimentos. En contraposición surge la evidencia de la dispersión de asentamientos con manejo agrícola en sus alrededores, que indicaría la ausencia de comunidades nucleadas tipo aldea en las proximidades de los centros funerarios, indicando prácticas económicas de subsistencia lideradas por las unidades domésticas, probablemente adscritas a pequeños grupos multifamiliares basados en el parentesco (Drennan & Quattrin, 1995; Drennan, 2000, citado en: Sánchez, 2007: 15).

Sánchez (2007) indica que “las estrategias productivas hasta los albores del Período Reciente fueron desarrolladas en forma autónoma por las unidades domésticas [...] y no fueron decididas por entidades superiores a esos segmentos sociales” (p. 18); los estudios arqueológicos llevados a cabo por el investigador en el municipio

⁴⁸ De acuerdo con Denevan (1980) “una agricultura que es intensiva en la utilización de mano de obra, en el sentido de que considerables cantidades de tierra y roca han sido movidas, cambiando su paisaje natural y modificando intencionalmente los factores microecológicos para mejorar las condiciones de cultivo, que antes de las modificaciones, generalmente eran marginales debido a pendientes muy fuertes, provisión inadecuada de agua (exceso o escasez), pobreza de suelos, etc.; en segundo lugar es intensiva porque el cultivo en estos lugares es permanente o casi permanente y contrasta directamente con las formas de agricultura migratoria”.

de Isnos (suroccidente del país), señalan que no es evidente la presencia de administraciones centralizadas fuertes en el ámbito regional ni su intervención rígida en los procesos productivos.

Es posible que en el valle de El Dorado donde se evidencian agrupaciones de tambos ubicados sobre las laderas y asociados a plataformas (El Billar [Bray et al., 1983] y plataformas 1, 2, 3, 4 y 5 [Bray et al., 1985, 1988]; T13, T1, T6 y T11), o agrupaciones de tambos muy cercanos unos de otros con sistemas agrícolas en los alrededores y conectados por una red de caminos que los comunicaban entre sí y con los campos de cultivo, son aspectos que bien podrían indicar grupos familiares conformados por varias unidades domésticas en torno a una principal, en los cuales estas participaban de manera mancomunada en el trabajo de la tierra, pues la adecuación de los suelos para drenaje y cultivo en casi todos los paisajes del valle debió demandar, como lo indica Sánchez (2007: 93) en Isnos, una inversión de trabajo que excedía la capacidad de una sola unidad familiar, en pro del bienestar y consumo colectivo. Además, este tipo de uso del “paisaje puede representar una fuente de información detallada acerca de las relaciones de parentesco”⁴⁹ (Thomas, 2001: 176) que se debieron dar para su manejo. Un dato interesante al respecto y relacionado a la arqueología experimental en Bolivia, ha dado cuenta de

que la complejidad de la organización social requerida por este tipo de explotación de la tierra es sorprendentemente baja, y está entre las posibilidades y medios de grupos familiares, de vecinos o comunidades andinas tradicionales, del tipo de los ayllus (Erickson 1992: 291); [...] la intensidad del trabajo requerido para esta forma de agricultura es solamente un poco mayor que la que necesitan otras formas practicadas en la región (Ibíd) [...] se trata de un modo de explotación altamente productivo, eficiente y barato (Ibíd.). Tradicionalmente, se asocia la agricultura intensiva con la organización estatal, debido a que las sociedades numerosas, se supone, requieren la instauración de este tipo de explotación. Sin embargo, estos experimentos sugieren que la asociación entre agricultura intensiva y burocracia estatal no implica una relación de causalidad o de necesidad (Erickson, 1993: 374). Otra consecuencia de estos experimentos, entonces, es que nos permiten ver de otro modo a las culturas indígenas anteriores a los grandes estados (Verdesio, 2000: 43).

⁴⁹ Traducción de José Luis García y L. García San Juan, septiembre de 2003.

La complejidad social estaría basada entonces en otros aspectos que habría que cuestionar. Para el caso del manejo hidráulico y agrícola del fondo del valle de El Dorado, si la razón es utilizar los suelos más fértiles de una zona para efectos de mayor productividad asociada con aumento de población⁵⁰ o de generar excedentes de producción, en El Dorado la razón superaría estas dos posibilidades. La margen oriental del fondo del valle no fue mayormente utilizada para cultivo, pareciera que un determinado uso de los paisajes con delimitaciones espaciales estaría relacionado con otros aspectos no exclusivamente de tipo económico, como se mencionó con anterioridad.

El mantenimiento del trabajo de la tierra también está vinculado a lo ideológico, el conocimiento y la continuidad de actividades ancestrales al ser mantenidas, constituyen un aspecto fundamental de las acciones de subsistencia del día a día, así difícilmente podrán ser separados lo ideológico de lo económico (Tilley, 1994: 56)⁵¹.

De otra parte, patrones de asentamiento similares han sido reportados en el poblado prehispánico de Morelia (Llanos, 1988: 41) en el cañón del río Granates, en el municipio de Salado blanco (departamento del Huila), relacionados con el período Reciente (800-1550 d. C.) de San Agustín; dispersos sobre las laderas que descienden al río Granates, pequeños conjuntos de terrazas artificiales de forma circular u ovoidal irregular, sistemas de drenaje y eras de cultivo, y una red de caminos que los integra, presentan tendencia al agrupamiento y simultáneamente a una pauta dispersa a lo largo de los valles en terrazas artificiales o naturales o en las cimas amplias de lomas, patrón que puede estar asociado a núcleos familiares (Llanos, 1988: 111).

En las actuales poblaciones de Bolívar y Trujillo ubicadas al noroccidente del departamento del Valle del Cauca en la margen oriental de la cordillera Occidental, se han reportado sitios arqueológicos tardíos (siglos XI y XV d. C.) relacionados con conjuntos de habitación (tambos) nucleados en pequeños grupos

⁵⁰ Se ha argumentado que para los períodos Clásico Regional (I-900 D. C.) y Reciente (800/900-1550 d. C.) la cantidad de áreas de ocupación se aumentaron de manera sustancial y por ende un aumento en la población. En el Período Reciente la evidencia del abandono de áreas anteriormente ocupadas y el aumento de colonización de nuevas áreas (incluyendo el período Formativo) soportan la idea de aumento de población y la necesidad de nuevos terrenos-suelos que compensaran la demanda de alimentos y la inversión de trabajo que implicaba la construcción de sistemas de cultivo y drenajes en un ambiente tan húmedo como en el Alto Magdalena especialmente en La Plata, Isnos y San Agustín (Drennan, 2000; Sánchez, 2000, 2005, 2007).

⁵¹ Traducción de la autora.

de dos a cinco y algunos aislados, ubicados a diferentes alturas sobre las laderas cerca a los arroyos de agua y a los campos de cultivo y drenaje. Los sitios de vivienda son de forma circular y ovalada de diez por cuatro metros hasta diez por ocho metros, los campos de cultivo y drenaje en algunas partes están aislados; en otros, asociados a sitios de vivienda (Salgado, 1986a: 28, 49). Así mismo, en el poblado prehispánico del Cabo de la Vela, Salgado et al. (1993: 26, fig. 2) identifican un patrón similar de 24 tambos alrededor de una plataforma ubicada en la cima de una colina, y un campo de cultivo y drenaje lineal paralelo sobre la ladera.

Lo anterior indicaría un patrón de ocupación de los paisajes equivalente al observado en El Dorado, y una organización socioeconómica similar a la propuesta por Sánchez (2007) para una amplia región del suroccidente colombiano. Las construcciones sociales de los paisajes deben tener acepciones que los hacen particulares y que marcan también las diferencias, y una opción interesante sería su contrastación detallada mediante análisis arqueológicos de los paisajes en las regiones arqueológicas citadas.

La cantidad y tipo de emplazamientos es un indicador de una cantidad de población importante, sin embargo, establecer frecuencias por períodos en esta investigación es bastante complejo, pues la cerámica presente en los sitios de habitación es muy poca; al parecer el tratamiento de los desechos se daba en algunos sectores donde eran depositadas las basuras (comunicación personal con gUAQUEROS de la zona, quienes reportan grandes rellenos de materiales en zonas depresionales). La constante en El Dorado es la presencia de materiales yotoco y sonso en la mayoría de los emplazamientos, como lo han reportado los investigadores de Pro Calima, lo que podría indicar que la ocupación fue intensiva y que durante el aumento poblacional se construirían más sitios en los paisajes del valle.

La cerámica identificada en esta investigación, por sus características, es tardía, aunque la fecha obtenida (para T13) indica que estas provienen de épocas más tempranas de las que se tenía conocimiento, al menos para la región Calima.

Considerando en conjunto los tipos de uso, la relación con los paisajes y la continuidad espacial y temporal de las poblaciones prehispánicas del lugar, estos indican “la permanencia del mismo modelo de comprensión del espacio natural, contenido en sus propias formas” (Criado & Villoc, 1998: 78). Si hubo

una “incorporación de una tradición cultural por otra, es al tiempo un acto de reafirmación de lo anterior y de negación o superación de ello, se realiza un uso estratégico del pasado para legitimar una nueva situación” (Criado & Villoc, 1998: 78).

La evidencia indica también un conocimiento y comprensión muy importante del entorno que fue construido con un profundo sentido simbólico, en donde las construcciones más monumentales ocuparon un lugar central del valle, lugares desde donde se puede observar casi en su totalidad el entorno ocupado, y a su vez ellas se pueden ver casi con la misma facilidad desde cualquier sitio, además del impacto visual generado por el manejo de los colores en las superficies de tambos y plataformas. Estas relaciones sugieren que las plataformas tenían un sentido de permanencia temporal y espacial con actividades de tipo ceremonial colectivas (como se argumentó también con la cerámica decorada), que además estaban conectadas física y simbólicamente con los demás emplazamientos que también procuraron este sentido en cuanto a su construcción, ubicación, correlación visual y espacial con el entorno natural, como el fondo del valle y el Alto de Minas. Estos aspectos permiten entender cómo la acción humana objetiva la naturaleza (Santos & Criado, 1998: 591) y sus elementos, atribuyéndoles poderes espirituales.

Como lo indicara Bender et al. (1997: 74),

los asentamientos y sus alrededores están llenos de numerosos santuarios que extienden la actividad ritual por todo el paisaje. Esta dispersión del ritual por todos los espacios que habría frecuentado la gente durante toda su vida sugiere en consecuencia prácticas y creencias en las que toda la comunidad estaba implicada, mas que [un ritual] monopolizado por unos pocos. (citados en: Thomas, 2001: 177)⁵².

Otro aspecto interesante en cuanto a la visibilidad en relación a los tambos que no la tienen hacia las grandes plataformas, es que la lograrían con la plataforma a la cual están adscritos, posiblemente como un referente simbólico visual que sí tienen las más grandes; sin embargo, los caminos actúan como un recurso fundamental que los une y permite el desplazamiento por lugares que consienten esa visibilidad.

⁵² Traducción de José Luis García y L. García San Juan, septiembre de 2003.

¿POR QUÉ LA INTENCIÓN DE VISIBILIZARSE?

Hay varias acepciones al respecto; una de ellas permite incluir una comparación con el valle del Calima, que es el otro valle ubicado en el altiplano al norte del valle de El Dorado. Esta comparación se basa tanto en los resultados de investigaciones realizadas en el valle del Calima en décadas anteriores como en el ejercicio de fotointerpretación realizado para esta investigación y la elaboración de un mapa geoarqueológico (Figura 6.1).

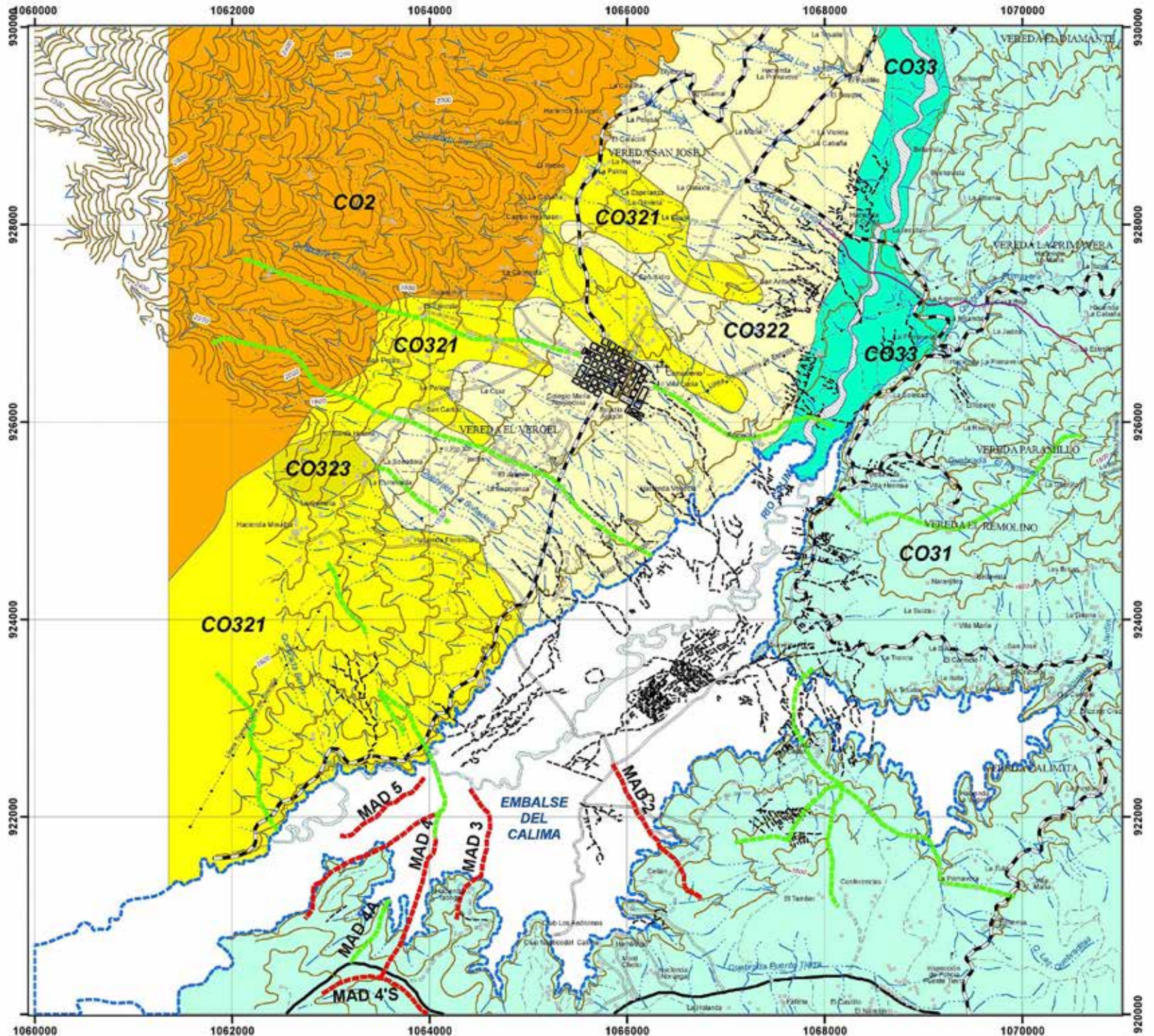
Para el valle del Calima fueron fotointerpretadas fotografías aéreas (vuelo M-1082, núm. 15159 a 15162, del 21 de junio de 1961) provenientes del archivo de la CVC, que fueron tomadas antes de la construcción del embalse. Con base en la identificación de grandes paisajes en la región Calima a partir de imágenes Landsat 1997 para la elaboración del Mapa 1 (anexo) y con la base cartográfica escala 1:25.000 (plancha IGAC 261-III-C), se construyó un mapa geoarqueológico del valle del río Calima en el cual se demarcaron los caminos identificados por Cardale (1996) y otros identificados en esta investigación, además de un sistema agrícola e hidráulico que se evidenció en la fotointerpretación (Figura 6.1).

La observación indica que en el fondo del valle, en las zonas aluviales pantanosas y coluviales laterales (ubicadas a ambos lados del río Calima actualmente inundadas) se evidencia un patrón similar de canales a los que se encuentran en el valle de El Dorado. En las áreas aluviales (pantanosas) se presentan canales rectangulares que se construyeron para formar probables campos elevados, y en las áreas laterales con mayor influencia aluvial, coluvial y de piedemonte, los canales son alargados, encausando las aguas de las corrientes naturales que vienen de las colinas y de las montañas; ese encausamiento a su vez trata de dirigir las aguas hacia los canales rectangulares de las áreas de campos elevados. Algunas de las áreas de campos elevados de los canales rectangulares fueron obliteradas por la agricultura moderna que construyó canales y camellones paralelos alargados con distancias mínimas de unos a otros, tal como se practica en la horticultura moderna. Bray y Moseley (1976: 55) mencionan la presencia de este tipo de construcciones (reportadas por los primeros cronistas españoles) durante la estadía de los investigadores en el valle del Calima en 1964; sí son mencionadas en la llanura aluvial del río Cauca pequeñas unidades cuadradas formando una especie de mosaico, mediante la observación de fotografías aéreas (Bray & Moseley, 1976: 55).

Página opuesta

Figura 6.1.

Mapa geoarqueológico del valle del río Calima



VALLE DEL RÍO CALIMA

Fuente: Planchas IGAC 261-III-C, escala 1:25.000 (Sistema de referencia MAGNA SIRGAS)

ESCALA 1:80.000



CONVENCIONES					

LEYENDA - FISIOGRAFÍA	
	CO2 Cuerdo central más alto de la cordillera Occidental
	CO31 Altiplano Calima
	CO321 Piedemonte antiguo
	CO322 Piedemonte subreciente
	CO323 Colina rocosa antigua
	CO33 Valles y depresiones estructurales

CAMINOS PREHISPÁNICOS	
	Cercale 1999
	Este proyecto no comprobados
	Caminos prehispánicos

En algunas zonas redondeadas se fotointerpretó una serie de montículos, en áreas bajas cercanas al río, al parecer tenían una altura de más de 2 m (comunicación personal con el señor Alberto Montenegro en enero de 2009, habitante de Calima-Darién, quien conoció la zona aluvial del valle antes de su inundación). Así mismo un sistema de campos cultivados, canales paralelos y ajedrezados fueron descritos por Bray (1976: 48) en el fondo del valle antes de la inundación.

Con base en la información de investigaciones arqueológicas realizadas en el valle del Calima (ver capítulo 3) se reporta cantidad y variedad de sitios arqueológicos que van desde el Precerámico hasta el período Tardío; entre ellos, tambos o unidades de vivienda de variados tamaños ubicados en las laderas del valle, mas no en el fondo, algunos aislados, aunque más comúnmente nucleados y siempre cerca a una fuente de agua. Sobre las cimas se han reportado caminos y antiguos senderos que vienen de las partes más altas de la cordillera Occidental, atraviesan el valle del Calima (algunos por el fondo) y continúan hacia el valle de El Dorado por los filos de las laderas (Cardale, 1996). Evidencias de tumbas yotoco y sonso se encuentran en suelos rojos en las partes bajas de las laderas como en Samaria (Rodríguez & Salgado, 1990) y Jiguales (Salgado, 1988; Rodríguez & Bashilov, 1988). De otra parte Bray (1976: 50) menciona la presencia de una cantidad de rocas con petroglifos ubicados principalmente sobre la margen más oriental del altiplano de Calima –es decir, en contacto con las colinas de talud vertiente que descenden hacia la llanura aluvial del río Cauca (Mapa 1 anexo)– e indica que hay similitud entre los petroglifos de esta zona con el de la hacienda El Dorado reportado por Wassén ([1936]1976).

Los reportes arqueológicos no mencionan la presencia de grandes plataformas escalonadas y yuxtapuestas en cercanías al fondo del valle del Calima como en El Dorado, y en la fotointerpretación realizada para esta investigación tampoco se observaron este tipo de modificaciones; si bien las investigaciones arqueológicas no han sido pocas, la información disponible indica un patrón de uso de los paisajes similar al evidenciado en El Dorado, siendo este otro aspecto que los relaciona. El valle del Calima tiene un área aproximada de 2.578 ha en su parte media y baja, y presenta modificaciones en el paisaje en menor cantidad que El Dorado, que tiene un área de 286,7 ha. Si bien El Dorado representa un 10% del área total del valle del Calima, presenta más modificaciones realizadas en el paisaje, indicando preferencia en cuanto a uso

(temporal y espacial), modificación y presencia de un importante número de población concentrada allí. Lo anterior podría dar luces sobre la importancia que tenía El Dorado en la región Calima.

Un segundo aspecto que es relevante, corresponde a las propiedades de los suelos; los suelos del piedemonte coluvio aluvial (CO32) son suelos muy viejos y ácidos con muy baja fertilidad y saturados de agua (ver capítulo 2), solo algunos suelos de la margen suroriental del valle del Calima son parecidos a los de El Dorado, que son suelos de fertilidad media en las laderas, a muy buena en el fondo del valle; si bien este es un punto de vista asociado a lo económico, no niega la posibilidad de que pudo ser uno de los factores que ayudaron a la escogencia del valle de El Dorado como un sector preferencial sobre los demás. Es importante tener en cuenta que los suelos del valle del río Calima tuvieron buena fertilidad, pues los reportes de suelos del IGAC (1977) así lo indican.

En tercer lugar, la apropiación visual del paisaje que permite la forma y el tamaño del valle de El Dorado es un aspecto que resalta importancia; la orientación es oriente-occidente y desde casi cualquier paisaje puede dimensionarse claramente el valle en su totalidad, esto ocurre también entre los sitios arqueológicos; la relación visual tanto entre los tambos como entre ellos y los paisajes, actúa como ojos en el paisaje. Sin embargo, el valle del Calima por ser un valle mucho más ancho y longitudinal alargado suroccidente-norte, hace que el contacto visual entre unidades más grandes sea mucho más restringido. Un último aspecto es la presencia del Alto de Minas en El Dorado, que, como se ha mencionado con anterioridad, es un lugar que denota importancia por ser el lugar natural más visible del valle.

El poder ver y ser vistos puede tener varias acepciones: apropiarse de lo que se ve es también una manera de *construir territorio* (Ingold, 1986, citado en: Criado, 1993: 50), una forma de perpetuarse en él; de tal manera que cada generación o comunidad que lo ocupe reconozca en él su historia (o parte de ella) y su estrecho vínculo con el paisaje, evocando la memoria (Schama, 1995, citado en: Santos-Granero, 2004: 203), pues en él vivieron sus ancestros y su historia está escrita en él; no solo los lugares modificados culturalmente, sino los naturales sacralizados “se convertían en mecanismos mnemónicos para recordar la historia” (Rappaport, 1989: 87, citado en: Santos-Granero, 2004: 203).

El hecho de que la mayor parte de los emplazamientos de vivienda (plataformas y tambos) tuvieran una visibilidad y visibilización no restringida, permite inferir que todos los que ocupaban el valle de El Dorado reconocían en sus paisajes su territorio, pues lo que se veía desde sus sitios o cómo se veían sus sitios desde afuera, vendría a ser un marcador de pertenencia de ese paisaje construido con un sentido comunal, en el que sus habitantes se movían sin restricciones y participaban de sus actividades (rituales, labranza, etc.); era una relación de iguales entre los seres humanos y su entorno. Muy seguramente ese reconocimiento guardó relación con la percepción de su propio territorio y los límites con las comunidades vecinas.

Es importante resaltar también que tanto en el valle del Calima como en el valle del Cauca la visibilidad y visibilización, aspectos relacionados con reconocimiento y apropiación del territorio, tuvieron que haberse constituido de otra forma, pues las grandes distancias dentro de estos valles no permitían ver o dejarse ver, de tal manera que los marcadores territoriales (puntos determinados en el paisaje) seguramente se dieron de manera diferente a los de El Dorado.

De otra parte, en El Dorado hay un mito cuya profundidad temporal se remonta hasta la época de contacto con los europeos. Cuenta don Ramón Gonzales (habitante de 77 años de edad, nacido y criado en El Dorado),

con el oro sacado del cerro [de Minas], se elaboró una gran cadena que fue llevada al río Cauca y amarrada de lado a lado del río, con la cual los indígenas se ayudaban para pasar de un lado al otro; cuando se enteraron de la presencia de los conquistadores en cercanías de su territorio, la retiraron y la llevaron nuevamente a su lugar de origen poniéndola alrededor de la cima del cerro a manera de collar, para que protegiera tanto al cerro como al valle de El Dorado (comunicación personal en 2009).

Este aspecto se considera un indicador más de importancia no solo del cerro como elemento natural simbolizado, sino mitificado como representación de una realidad cultural; permite ver cómo las comunidades consideran

a la naturaleza no como objeto de estudio sino integrada a la cultura como una sola realidad, indisoluble; las personas, los animales, lo vege-

tales, el agua, la luz, la tierra tienen una identidad propia, existen [...] de ahí la importancia de la narración oral, del discurso mitopoético [...] las palabras y las cosas son energías o elementos de la realidad (Llanos, 1995: 112).

Es así que

mediante el estudio simultáneo de mitologías actuales, fuentes históricas e información arqueológica, podemos buscar sistemas de pensamiento que se remontan a poblaciones antiguas, teniendo en cuenta que la esencia de las mitologías tiende a perdurar, a pesar de variadas influencias que han modificado gradualmente las interpretaciones que una comunidad realiza de sus propios mitos y creencias (Falchetti, 1999: 54).

El hecho de que el cerro no fuera modificado para su monumentalización, es un indicador más de su sacralización, en la medida en que este desde su naturalidad es comprendido y asumido dentro de sus cosmovisiones, convirtiéndose así en un paisaje mítico.

En la cosmología de los indígenas ikas de la Sierra Nevada de Santa Marta

cada cerro es la morada de un personaje de los tiempos cosmogónicos, era la kankúrua [casa] donde residía un “dueño”, un hijo de la Madre Universal. Los cerros, con sus grietas y cavernas, lo mismo que las lagunas, eran “puertas” que permitían a los iniciados penetrar a otras dimensiones (Reichel-Dolmatoff, 1991: 163).

Las posibilidades que surgieron como respuestas a la pregunta planteada, son consideradas más hipótesis que respuestas, de ellas seguramente surgirán más preguntas.

USOS DIFERENCIALES EN LOS PAISAJES, ¿DENOTACIÓN DE JERARQUÍAS?

Finalmente, con base en los aspectos de la espacialidad analizados y discutidos, como la organización política, social y económica de las poblaciones que ocuparon el valle de El Dorado, se identificaron usos diferenciales⁵³ de los paisajes que no necesariamente denotan desigualdad social o jerarquías⁵⁴.

Según Roosevelt (1999: 14)

no todas las sociedades complejas antiguas de las tierras bajas (amazónicas) fueron necesariamente jerárquicas, y debieron existir otros modos de organización política [...] podrían haber estado organizados en forma “jeterárquica” [...] (heterarchies) son sistemas complejos en los que los elementos tienen el potencial de no estar organizados en rangos, o de estar organizados a partir de distintos principios de acuerdo con los requerimientos del sistema. (Citada en: Gassón, 2009: 23).

Analizar localmente un área arqueológica suele ampliar la explicación de los fenómenos sociales, asumir el concepto de cacicazgo como un explicativo de centralización política y económica, “de su carácter militar y su uso como un modelo o etapa histórica de validez universal” (Gassón, 2009: 24), excluye la existencia de otros sistemas organizativos (Arvelo, 2001, citada en: Gassón, 2009: 24). “Este modelo está más interesado en los procesos generales de evolución social que en los procesos locales” (Gassón, 2009: 26) con diversas manifestaciones culturales. El favorecimiento de estudios apoyados en la casi única identificación de sociedades basadas en principios jerárquicos termina limitando la comprensión del pasado (Gassón, 2009: 24), generando una construcción en la que “la convicción de que el conocimiento no se construye sino que se valida” (Hernando, 2002: 29). Es mediante “la abstracción de las categorías que informan los mundos y las experiencias de las sociedades que nos precedieron en el tiempo” (Hernando, 2002: 41) que se puede llegar a entender cómo los grupos humanos de ese pasado construyeron y dinamizaron su cultura. El significado atribuido a la monumentalidad de las plataformas como indicadores de jerarquización y desigualdad social, lleva a considerar que “el significado es

⁵³ Indica usos determinados en variados o únicos de paisajes.

⁵⁴ Este aspecto se apoya también en la discusión de análisis cerámicos.

creado y re-creado dentro de textos y contextos específicos. Ya que no existe un término maestro para fijar los conceptos a significantes específicos” (Gibson-Graham, 2002: 268).

Identificar y analizar las dinámicas sociales desde el paisaje, en cuanto espacio construido, permite llevarnos a otras esferas como la percepción, “relacionada con ‘estar en el mundo’ y al acercamiento y experimentación del paisaje y lugares” (Tilley, 1994, citado en: Curtoni, 2000: 117). De ahí que

Por medio de la acción del cuerpo y de la experimentación con el entorno, los individuos conforman y transmiten sus ideas y conceptualizaciones acerca de ellos mismos como así también acerca del paisaje en el cual habitan y de otros grupos. Intentar dilucidar las diversas condiciones y factores que estimularon la percepción del paisaje y qué comportamientos y reacciones se originaron, se puede lograr a través de su análisis, por lo tanto el paisaje y los lugares adquieren relevancia tanto por lo que ofrecen como por los valores asociados (Tuan, 1974) pudiendo referir a identidades étnicas específicas (citado en: Curtoni, 2000: 117).

Se tiene entonces que las modificaciones del paisaje y sus patrones de organización espacial son la “materialización del pensamiento” (Criado, 1999) de las poblaciones que lo ocuparon.

En definitiva, el manejo colectivo de una cosmovisión que se plasmó en los paisajes del valle de El Dorado se hace evidente en las construcciones, los sentidos y las disposiciones de los emplazamientos que denotan una misma intencionalidad en cuanto a sus relaciones con el entorno y entre los miembros de la comunidad; tanto los sitios monumentales como los pequeños y comunes se correlacionaban mutuamente mediante amplias redes de caminos, los sitios agrícolas ubicados sobre las laderas están distribuidos de manera indiferenciada entre tambos. La ubicación de la gran mayoría de emplazamientos hacia el occidente del valle (incluyendo el sistema agrícola e hidráulico que debió producir bastante comida) en función del sol, sugiere referentes fundamentados en una organización más simbólica basada en sus relaciones con el entorno natural y la proximidad de los grandes emplazamientos al fondo del valle, como contenedor del agua, refuerzan ese vínculo.

Las poblaciones que ocuparon El Dorado indican una comunidad organizada, de sentido colectivo, de manejo común de una cosmovisión manifestada en la construcción de sus diversos sitios. Sus lugares para los rituales no obedecían a jerarquías rituales, no eran discriminados entre plataformas grandes o en tambos próximos al fondo del valle. Se movían intensamente por caminos que los conectaban con otros paisajes y otras poblaciones con distintas formas de integraciones políticas y organizadas seguramente bajo principios muy diferentes. Este último aspecto sería interesante de abordar en futuras investigaciones en donde la comprensión de diversos grupos humanos emparentados, de regiones circunvecinas y épocas equivalentes, podría proporcionar resultados comparables a los obtenidos en esta investigación. Y mientras que continuar perpetuando la aplicación de modelos de organización política, social y económica basados en el poder y las desigualdades sociales, continuaría limitando el ejercicio interpretativo, la propuesta desarrollada en este trabajo, por el contrario, llevaría a entender las diversas dinámicas de las organizaciones sociales a través del tiempo y sus marcas en los paisajes.